



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY



Universidad de la República Oriental del Uruguay

Facultad de Psicología

Trabajo Final de Grado

Consideraciones acerca de la función subjetiva del delirio a partir de Freud y Lacan

Estudiante: Florencia Carámbula Otero

C.I.: 5.282.937-3

Tutor: Prof. Agdo J. Guillermo Milán Ramos.

Apoyo a la tutoría por “Integración a Programas”: Lic. Catherine Garín

Montevideo, Uruguay

Octubre, 2018.

*A mis padres por su apoyo incondicional;
A Federico por su amor y compañía;
A Catherine por su tiempo y dedicación;
Y a los compañeros que han hecho de este
recorrido una oportunidad de aprender y pensar con otros.*

Juguemos con la paradoja: “contener” es impedir, mantener alejado, proteger(se). pero también es tener contenido, incluso contenido “esencial”; es abarcar, quizás incorporar. Luego de, en primer lugar, haber examinado algunas formas de escritura en la clínica psiquiátrica, pero también de explorar los recursos de los clínicos en distintos “escritos” para comprender varios síntomas, se planteará otra cuestión: aquella de la escritura que “limita” y cura, o la escritura que “desborda” y devasta. Y, evidentemente, aquella que a veces cura, a veces devasta, sin que se pueda distinguir claramente la peligrosa línea divisoria que decide una u otra.

(Allouch, 2016)

Índice

I. Resumen	1
II. Introducción	2
III. Punto de partida: teorizaciones freudianas	4
III.i Primera tópica	4
III.ii Teorizaciones del pasaje entre las tópicas	5
III.iii Segunda tópica	7
IV. Lecturas freudianas de la psicosis	
IV.i Psicosis como modo patológico de la defensa	8
IV.ii El delirio en Schreber	10
IV.iii Los pactos con el Diablo: el pintor Haitzmann	14
IV.iv Construcción de la realidad o construcción del delirio	15
V. De Freud a Lacan: el giro teórico	
V.i El caso Aimée	18
V.ii La causalidad de las locuras	21
V.iii La forclusión del Nombre del Padre	24
V.iv La estructura del Edipo	27
V.v Lecturas del delirio	30
VI. Consideraciones finales	35
VII. Referencias bibliográficas	37

I. Resumen

El presente Trabajo Final de Grado se propone explorar *la función subjetiva del delirio* enmarcada en la estructura psicótica sobre un marco referencial psicoanalítico. Se abordan las clásicas nociones de delirio y psicosis fundadas por S. Freud, en las que se ha desarrollado una tradición psicoanalítica que desestima a la psicosis y la coloca del lado de lo patológico o deficiente. A partir de los aportes de J. Lacan, “*el trabajo del delirio*” introducido por Freud retoma nuevas vías de lecturas, anudado a la determinación del significante presentada por Lacan en los primeros tiempos de su obra, tiempo en el que se enmarca este trabajo.

Para abordar esta temática, la presente monografía se divide en: (i) “punto de partida: teorizaciones freudianas” intentando generar una plataforma teórica sobre la cual situarnos; (ii) abordaje del delirio, eje de nuestro estudio, en la obra freudiana; (iii) las lecturas que realizó J. Lacan entre los años 1936 y 1958 acerca la psicosis y el delirio; (iv) consideraciones que intentan hacer dialogar los discursos trabajados en relación al modelo presente en la Salud Mental.

El acercamiento a la función del delirio nos permite encontrarnos con la estructura de la psicosis de formas diversas a lecturas sostenidas desde lógicas deficitarias y patológicas.

Palabras claves: Delirio – Psicosis – Psicoanálisis.

II. Introducción

El presente trabajo tiene como objetivo indagar las diversas teorizaciones acerca del delirio en psicosis. Se realiza un recorrido a través de lo conceptualizado en psicoanálisis en torno al tema. Se siguen las líneas presentes en Sigmund Freud, quien instaura las bases de nuestra temática, para luego, junto a Jacques Lacan, leer en su “retorno a Freud” un nuevo encuentro con la psicosis y el delirio. El eje que guiará esta monografía será la interrogante acerca de la función subjetiva del delirio, sosteniendo la afirmación de que el sujeto de la psicosis lleva a cabo una elaboración delirante de su padecer. ¿Cuánto hay de construcción en el delirio? ¿Es acaso un intento del sujeto de “no-caer en un abismo”?

El interés por el tema surgió durante la realización de una pasantía en el Hospital Vilardebó, como parte del Programa de Practicantes y Residentes de Psicología. Previo a esto, un pasaje de dos años por el Centro de Rehabilitación CIPRÉS abrió mi interés por el mundo de la locura.

Si bien desde la Antigüedad han existido diversas concepciones sobre las afecciones mentales, suele considerarse que su desarrollo moderno empezaría con la obra de Philippe Pinel, quien, a través de Hegel,¹ sostiene un advenimiento de un *reconocimiento positivo* de la locura, y con ello la posibilidad de un tratamiento humano de los alienados a través de “la terapia moral”, que consistiría en la recuperación de la razón a partir del razonamiento del paciente sobre las causas y aspectos éticos de su locura.

Los abordajes que se realizan en el campo de la salud mental, aunque mantienen la posibilidad de una re-socialización y tratamiento de la psicosis, se han alejado de la psiquiatría clásica. Frente a ello, preguntarse acerca de la existencia de la función que porta el delirio encarna otras maneras del encuentro con el discurso psicótico. Actualmente, predomina la perspectiva del DSM-IV donde se define las ideas delirantes como “(...) creencias erróneas que habitualmente implican una mala interpretación de las percepciones o las experiencias (...)” (DSM IV-TR, 2002, p. 335). La idea de que lo “falso” o “erróneo” predomina en las elaboraciones psicóticas es lo que la perspectiva epistemológica psicoanalítica se propone desgarrar. A partir de allí, existiría verdad en el decir del psicótico, una verdad que no puede ser reconocida sin sus rodeos. Tal como afirmó Schreber en sus memorias, él dio a conocer la ciencia y el mundo experimentados por un hombre “que ha llegado infinitamente más cerca de la verdad que todos los otros

¹ Hegel escapa del dualismo razón- sin razón para referirse a la locura como una contradicción de la razón, por lo cual, la locura es una forma de razón.

hombres a los cuales no les han sido concedidas revelaciones divinas". (Schreber, 1903/1979, p. 59)

Freud, como inventor del psicoanálisis, se aproxima e investiga sobre la psicosis. Las observaciones sobre la psicosis atraviesan su obra, con momentos de oposición, alejamiento, en los cuales afirma la imposibilidad de la escucha de la psicosis desde el psicoanálisis, y en otros, con una agudeza tal que dieron lugar a las elaboraciones de muchos psicoanalistas, entre ellos, Klein, y Lacan.

Lacan propone una lectura crítica y original de la obra freudiana, continuando la línea abierta por Freud respecto al estudio de la psicosis. Se encuentra en Lacan una búsqueda que se emparenta a la de Freud por ir más allá de una mera lectura fenomenológica de la psicosis, teniendo como meta dilucidar el mecanismo específico que opera en ella.

El primer capítulo de esta monografía aborda algunos elementos de la metapsicología freudiana, para comprender los aportes del autor en el estudio de la psicosis en el marco del funcionamiento del aparato psíquico.

A partir de allí, en el segundo capítulo, se realiza un recorrido cronológico por los desarrollos freudianos acerca de la psicosis, en general, y del delirio, en particular. Transitamos desde sus primeras hipótesis hasta sus últimas teorizaciones a fin de captar los alcances y limitaciones que el autor encontró en este campo.

En tercer capítulo recorreremos las primeras teorizaciones de Lacan sobre la psicosis. La necesidad metodológica de elegir este momento particular de su obra está justificada en los siguientes puntos: (i) en 1936 Lacan realiza un corte epistemológico en su forma de abordar la psicosis, poniendo en cuestión su formación de psiquiatra, ingresando , progresivamente, en el discurso psicoanalítico; (ii) a partir de los aportes del estructuralismo saussureano, Lacan funda a la psicosis como una estructura subjetiva, leyendo los "fenómenos elementales" no como elementos de la percepción, sino sometidos al orden simbólico inaugurando un nuevo enfoque de la clínica con sujetos psicóticos; (iii) sin desconocer los cambios posteriores en la teoría de Lacan con la inclusión del *objeto a*, se opta por acompañar a Lacan hasta el seminario 5, donde realiza aportes trascendentes a su abordaje de la psicosis, a partir de la lectura de la estructura del Edipo y la consolidación de la metáfora paterna.

Para finalizar, debo explicitar que el psicoanálisis me interpeló e invitó a la reflexión sobre el campo de las psicosis en la práctica y me habilitó al cuestionamiento de los tratamientos que pretenden aplacar y acallar las construcciones delirantes. Por ello, este trabajo inscribe una mirada sobre el delirio desde la interrogante sobre la función de ese lenguaje, que por momentos parece ensordecir un discurso sin-sentido.

III. Punto de partida: Teorizaciones freudianas.

Se pueden distinguir dos grandes momentos en la obra freudiana: la primera y la segunda tópica, dos concepciones en torno a la conformación del aparato psíquico. Si bien de ambas se ven esbozos en toda su obra, la primera la presenta en su texto *La interpretación de los sueños* (1900/1991), y alrededor de los años 20, realiza un giro en sus teorizaciones, realizando el paso a la segunda tópica, presentada en *El yo y el ello* (1923/2014).

Lo principal a saber de ambos momentos, para nuestros fines, es el lugar que ocupan y las funciones que cumplen las distintas instancias del aparato psíquico. Este camino define el recorrido que realiza Freud en el campo de las psicosis.

i. Primera tópica

En líneas generales, lo que se plantea en esta primera tópica es cómo interactúan y se organizan los contenidos de la psiquis. Se propone un modelo que contiene tres sistemas: Consciente (Cc), Preconsciente (Prcc) e Inconsciente (Icc.).

En el texto *Lo inconsciente* (1915/1992), donde desarrolla estas conceptualizaciones de forma más precisa, Freud se encargará de establecer tres puntos de vista a través de los cuales analizará los fenómenos psíquicos: el punto de vista tópic, el punto de vista dinámico y el punto de vista económico.

El punto de vista tópic refiere a la idea de que el material psíquico se encuentra distribuido dentro de “lugares psíquicos”. La ubicación de estos contenidos dependerá, según el autor, de un mecanismo específico denominado *represión*. Allí los contenidos psíquicos atraviesan dos fases de estado, las cuales cuentan con esta instancia de *censura* que se encargará de definir si tales contenidos pasarán o no a la siguiente instancia. En la primera fase el contenido psíquico es *inconsciente* y pertenece al sistema Icc. En esta fase, si el material psíquico es rechazado por la censura, permanecerá inconsciente y pasará a denominarse como *reprimido*, mientras que, si logra pasar la censura, pasará a formar parte del sistema Cc. No todo lo que forma parte del sistema Cc se vuelve consciente, sino que es *susceptible de conciencia*. Es así que este sistema se divide, a su vez, en dos instancias: Cc (consciente) y Prcc (preconsciente). En esta última el contenido se encuentra latente, es decir, puede volverse consciente siempre que se lo evoque.

A estas condiciones de comercio entre los sistemas Freud las denominará como el punto de vista dinámico. El comercio se da, sobre todo, entre lcc. y Prcc.

“(...) el inconsciente es más bien algo vivo, susceptible de desarrollo, y mantiene con el Prcc toda una serie de relaciones; entre otras, la de cooperación. A modo de síntesis debe decirse que el lcc se continúa en los llamados retoños, es asequible a las vicisitudes de la vida, influye de contenido sobre el Prcc y a su vez está sometido a influencias de parte de este (...) un sector muy grande de lo preconsciente proviene del inconsciente, tiene el carácter de sus retoños y sucumbe a una censura antes que pueda devenir consciente. Otro sector del Prcc, es susceptible de consciencia sin censura.” (Freud, 1915/1992, p.187-8).

El punto de vista dinámico, “considera los fenómenos psíquicos como resultantes del conflicto y de la composición de fuerzas que ejercen un determinado empuje siendo éstas, en último término, de origen pulsional.” (Laplanche y Pontalis, 1967, p. 100). A estos dos puntos de vista (dinámico y tópico), se suma el punto de vista económico, que “aspira a perseguir los destinos de las magnitudes de excitación y a obtener una estimación por lo menos relativa de ellos.” (Freud, 1915/1992, p.178) Los contenidos psíquicos no pertenecerían intrínsecamente a un lugar, sino que transitarían contemplando estos tres puntos de vista.

ii. *Teorizaciones del pasaje entre las tópicas: narcisismo y pulsiones*

La transición desde la primera a la segunda tópica se dará paulatinamente, a través de los distintos cambios producidos a lo largo de sus investigaciones. En *Introducción al narcisismo* (1914/1992) ya se comienza a esbozar algunos de estos cambios. En cuanto al Yo, dirá que existen determinadas instancias psíquicas que tienen un papel importante en los procesos del aparato psíquico. Dichas instancias cumplen funciones particulares “dentro del Yo”, pero se encuentran bien diferenciadas del mismo. En el Yo se forma una instancia que le ha de servir como punto de referencia, un reflejo que ejemplifica lo que se aspira ser. Esta instancia es condición de la represión, y Freud la llama, en este texto, *ideal del yo*², sustituto del narcisismo primario. Esto se daría a partir de la renuncia a las satisfacciones pulsionales propias del narcisismo primario y el sepultamiento del Complejo de Edipo. También existiría otra instancia, *el superyó*, encargada de observar de forma continua al Yo actual en permanente comparación con este ideal, instancia originada a partir de las prohibiciones parentales, introyectadas.

² El Yo deja de ser “consciencia” para tener elementos inconscientes. Esto queda detallado en la segunda tópica freudiana –Yo, Ello y Superyó.

El concepto de pulsión también fue fundamental para la elaboración de la segunda tópica. Tomaremos la conferencia 32° (1932/1991) para realizar un resumen del recorrido que hace Freud en cuanto a las pulsiones. En un primer momento realiza una distinción de las pulsiones según dos necesidades: hambre y amor, que darían inicio a las *pulsiones yoicas* y las *pulsiones sexuales*. Las primeras incluyen “todo lo que tiene que ver con la conservación, la afirmación, el engrandecimiento de la persona” y a las segundas “debimos conferirles la riqueza que exigían la vida sexual infantil y la perversa.” (Freud, 1932/1991, p.89). Por la vía del estudio del narcisismo, y a partir de la “introversión de la libido”³ (Freud, 1914/1992) concluye que la libido, lejos de ser estática, irá deslizándose por el Yo y los objetos de diferentes maneras⁴. Asimismo, se comprende al Yo como el principal reservorio de la libido: “de él parten las investiduras libidinosas de los objetos, y a él regresan, mientras la parte mayor de esa libido permanece de manera continua dentro del yo” (Freud, 1932/1991, p.95). Por tanto, aquí Freud se da cuenta que no pueden diferenciarse libido yoica de libido de objeto, ya que son de la misma naturaleza. De esta manera, en *Más allá del Principio del Placer* (1920/1992), teoriza una nueva dualidad pulsional en constante dialéctica: *Eros* -pulsión de vida- y *Tánatos* –pulsión de muerte-, que puede adoptar la forma de la pulsión de agresión, cuya meta es la destrucción. Así, se abre la posibilidad de que las pulsiones consistan en mezcla y desmezcla pulsional, a saber, mezcla cuando predomina *Eros* y desmezcla cuando predomina *Tánatos*. En la primera teoría pulsional Freud definió las pulsiones como una fuerza que tiene un origen en el cuerpo que se impone en el psiquismo sin que éste pueda huir, mientras que en su segunda teoría las define como una tendencia inherente a todo organismo a volver a un estado anterior –compulsión a la repetición. Con ello, le fue posible explicar varios fenómenos psíquicos que no obedecían a las leyes del principio del placer.

Si en la primera tópica el conflicto psíquico se establecía entre instancias delimitadas entre los contenidos conscientes-inconscientes, con la introducción de la teoría del narcisismo los límites establecidos comenzaron a desmarcarse, en tanto Freud logró señalar que no existía una instancia de pura consciencia. Es así que el conflicto psíquico era aún más complejo que dos deseos opuestos - uno consciente y otro inconsciente. La nueva nominación trae consigo modificaciones en todo el aparato teórico freudiano; entre ellas, podremos decir que el conflicto ya no será entre

³Este concepto fue aportado por Jung en relación al extrañamiento del interés de los sujetos psicóticos respecto al mundo exterior. Aquí Freud afirma que esta es la razón por la que hace a los psicóticos “inmunes al psicoanálisis e incurables para nuestros empeños” (Freud, 1914/1992, p. 72)

⁴ En *duelo y Melancolía* (1917 [1915]/1992) Freud sostiene que, tras la pérdida del objeto de amor, la libido regresa al Yo del doliente, hasta cumplido el trabajo del duelo.

consciente e inconsciente sino entre el yo, el ello y la realidad exterior. Se inicia entonces el recorrido hacia la segunda tónica, la cual, si bien es innovadora, intenta responder a las cuestiones que convocaron a volver a su propia letra.

iii. Segunda tónica

Freud introduce el concepto de “ello” de la mano de Groddeck, autor que plantea que nuestro “Yo” no tiene la potestad del manejo de nuestras vidas, sino que hay algo que lo excede, que gobierna a ese yo. En *El yo y el ello* (1923/2014), Freud afirma que llamará Yo a la “esencia que parte del sistema P⁵ y que es primero Prcc”, y ello, “según el uso de Groddeck, a lo otro psíquico en que aquel se continúa y que se comporta como lcc.” (Freud, 1923/2014, p. 25).

Freud introduce el concepto de superyó, que representa las reglas, y que se comportará como el juez de lo que los otros hagan. El superyó es el heredero del complejo de Edipo “por interiorización de las exigencias y prohibiciones parentales” (Laplanche y Pontalis, 1967, p.419).

Por otro lado, el Yo sería la parte organizada del ello, en tanto, influenciado por el mundo exterior y regido por el principio de realidad, es representante de la razón y la prudencia. “Para el yo, la percepción cumple el papel que en el ello corresponde a la pulsión” (Freud, 1923/2014, p.27). Se le asigna el gobierno sobre los accesos a la motilidad, trasponiendo en acción la voluntad del ello. El lugar que tiene el Yo será el de mediador, en tanto podrá, de alguna manera, “negociar” con ambos sistemas, para actuar en concordancia, teniendo en cuenta que el Yo es quien se encuentra en mayor relación con el mundo exterior y, por tanto, con la cultura.

El ello “contiene las pasiones” (Freud, 1923/2014, p.27) y el Superyó representaría el deber moral –deber y no deber hacer. Así, el Yo, tomando las pasiones y la energía pulsional del ello, las convertirá en acciones, considerando los reparos que le imponen el superyó y su relación directa con el mundo exterior y la cultura.

A continuación, algunas puntualizaciones sobre el recorrido que realiza Freud en torno a las psicosis, del cual surgen nuevos aportes sobre el funcionamiento del aparato psíquico.

⁵ Freud utilizaba: Sistema P, para denominar al sistema Percepción.

IV. Lecturas freudianas de la psicosis

i. *Psicosis como modo patológico de la defensa*

Desde sus primeros escritos, Freud es convocado por las psicosis. Deja huellas de ello en sus escritos teóricos y en su correspondencia -tal como se aprecia en la lectura de las cartas a Fliess. En el Manuscrito H (Freud, 1895/1992) se inauguran los estudios del autor sobre la paranoia, en donde se comienza a esbozar lo que será profundizado en los siguientes textos, a saber, la *defensa* como punto clave de la paranoia. Allí Freud señala, “la paranoia crónica en su forma clásica es un modo patológico de la defensa (...) uno se vuelve paranoico por cosas que no tolera, suponiendo que uno posea la predisposición psíquica peculiar para ello” (Freud, 1895/1992, p.247). A partir de allí, Freud sostiene que preexiste en el sujeto una forma de enfrentarse a su padecer, un hacer con ello. Asimismo, comienzan a establecerse las bases de una lectura de la psicosis como respuesta a una realidad insoportable. Más adelante, Freud plantea que la psicosis ha de ser un “refugio” del sujeto en respuesta a su *pathos*. Aquí el refugio actúa como una defensa del aparato psíquico de una representación que no puede tolerar y en donde la paranoia sería consecuencia del mismo proceso defensivo. La defensa que se desarrolla en la paranoia es definida por Freud como patológica, en tanto, se sostiene a través de la proyección⁶ de un juicio interno que sería insoportable e ineludible, y, al ponerlo afuera de sí, el sujeto puede rehusarse. Aunque todos los sujetos utilicen la proyección como mecanismo de defensa, en la “normalidad” está determinada “mientras a todo esto permanezcamos conscientes de nuestra propia alteración interior” (Freud, 1895/1992, p. 249). Freud fue creando su teoría a partir de las inquietudes que se presentaban en la escucha clínica, por lo cual, los casos resultan claves para acompañar su desarrollo. Uno de sus primeros casos clínicos llevó a Freud al estudio de las psicosis.

Según Freud, la Señora P permanece “sana y productiva” hasta seis meses después de nacido su hijo, y a partir de entonces comenzó a dejar discernir su “padecer”. Freud señala que la enferma ubica su sufrir en “la relación con los otros” pues, según relata, posee ideas recurrentes de que son “los otros” quienes “hacen lo posible” para mortificarla, además de “faltarle el respeto”. Asimismo, se queja de ser observada, oída, en tanto “le coligen sus pensamientos, se sabe todo cuanto le pasa en su hogar” (Freud, 1896/1991, p.176). Al igual que en las neurosis de defensa (histeria y representaciones obsesivas), se supone que en la paranoia existirían pensamientos inconscientes, que eran posible colegir

⁶ Según Freud es un mecanismo de defensa en donde el sujeto “ante una alteración interior, [en donde] tenemos la opción de suponer una causa interna o externa” (Freud, 1895/1992, p. 249).

a través del método catártico,⁷ venciendo la resistencia que mantiene los recuerdos en el inconsciente. Freud afirma que esta intervención funcionó, pues se hizo notorio, a través de la observación-escucha, que la paciente desarrollaba allí pensamientos que no había tenido en otro momento. Crea como conjetura que lo particular de su accionar estaba en relación a recuerdos inconscientes, pues, en muchas oportunidades “ella oía o alucinaba interiormente, como sus voces, las indicaciones que provenían de lo inconsciente” (Freud, 1896/1991, p. 177). Al intentar dilucidar de dónde provenía el contenido de las alucinaciones visuales concluyó que, al igual que en la histeria, las imágenes se relacionan con escenas que vivió cuando era niña, a lo que llamó “una constelación infantil” (Freud, 1896/1991, p. 178). Freud explica que estas voces “debían su génesis, entonces, a la represión de unos pensamientos que en su resolución última significaban en verdad unos reproches con ocasión de una vivencia análoga al trauma infantil” (Freud, 1896/1991, p. 182). El autor remarca que lo particular de la paranoia estaría en “las voces mortificadoras”, en tanto “los reproches reprimidos retornan como unos pensamientos enunciados en voz alta” (Freud, 1896/1991) que no son más que el retorno de lo reprimido que vuelve en imágenes o en otras voces.

A partir de allí, las voces que se presentaban por vía alucinatoria no eran un sinsentido que debía ser ignorado, sino por el contrario, era necesario analizar el discurso de la enferma, pues contenía restos de su vivenciar. Cabe agregar que la doctrina de los sueños generada por Freud -textos que fundan al psicoanálisis abandonando el método catártico-, habilitan a nuevas lecturas que unen al delirio con el resto de las formaciones del inconsciente, por lo que el sueño y el delirio poseen una estructura análoga: “el sueño es un modelo de la alucinación, del delirio” (Manonni, 1968/1987, p. 55). En *La interpretación de los sueños* (1900/1991) el delirio es tomado como des-velo, a saber, a través del delirio se produce una especie de corrimiento del velo de la censura y con ello, la coherencia cae dejando al delirio en descubierto. Freud afirma que además de que no existe coherencia, el sujeto no es capaz de construir un “recuerdo encubridor” de acuerdo a la realidad exterior. Sin embargo, una idea se mantiene a lo largo de sus teorizaciones: “aún los delirios de los que sufren estados confusionales están provistos de sentido y solo por sus omisiones se vuelven incomprensibles para nosotros” (Freud, 1900/1991, p. 523). Y éste sentido estará en relación al deseo del sujeto.

⁷Método que Freud toma de Breuer y que marca sus primeras intervenciones. Al decir de Freud “(...) consiste en reconducir al enfermo, hipnotizado, a la prehistoria psíquica del padecer, constreñirlo a confesar la ocasión psíquica a raíz de la cual se generó la perturbación correspondiente.” (Freud, 1888/1992, p.62).

ii. *El delirio en Schreber*

A pesar de los encuentros desafortunados del padre del psicoanálisis con la psicosis en donde se hace visible, desde escritos muy tempranos, que “las psicosis, los estados de confusión y desazón profunda (...), son pues, inapropiados para el psicoanálisis, al menos como hoy lo practicamos” (Freud, 1905/1990, p. 253), Freud hace caso a Schreber y a sus memorias -*Memorias de neurópata* (1903/1978).

Desde las primeras páginas del historial clínico Freud se centra en capturar “la realidad objetiva” de lo que Schreber narra y deja entre líneas. “El fantaseo” de Schreber, tal como lo nombra Freud, produce el relato de sucesos que comienza entre sueños, cuando el protagonista sostiene haber experimentado “la idea de que, a pesar de todo, sería algo muy bello el hecho de ser una mujer en el momento en que es penetrada por el hombre” (Schreber, 1903/1978, p.36).

Freud menciona en este escrito el mecanismo de defensa de la “escisión”⁸ sin dejar de hablar de la represión - que será luego delegada a la neurosis – así como, aún no distingue el delirio de la fantasía. Al decir de Freud, “al establecerse el principio de realidad, una clase de actividad del pensar se escindió; ella se mantuvo apartada del examen de realidad y permaneció sometida únicamente al principio de placer” (Freud, 1911 [1910]/1991, p.226). Sería la búsqueda de la obtención de placer que rigiría la fantasía a fin de satisfacer un deseo. Sin embargo, el sujeto fracasa en su defensa y esto tendría consecuencias: “cancelado adentro retorna desde afuera”⁹ (Freud, 1911 [1910]/1991, p.66). Esa fantasía es apenas el comienzo de lo que servirá luego a Freud para el establecimiento de la relación entre paranoia y homosexualidad. A diferencia de los textos previos que afirmaban que el sujeto psicótico estaría apartado de la “realidad” del mundo circundante pues no posee interés por él¹⁰, Schreber habilita a Freud a reformular esta afirmación. El delirio no podía ser visto como “palabras incoherentes de un loco”, sino que ellas portan algo, anudamientos del sujeto con su mundo. Aquí nos encontramos con Flechsig, quien pasó, para Schreber, de un médico idealizado a un perseguidor hostil y

⁸ Más adelante, Freud escribe el texto *La escisión del yo en el proceso defensivo* (1938/1991) donde menciona que es un mecanismo que predomina en la psicosis y el fetichismo produciendo una alteración del yo. Señala que frente a la exigencia de la pulsión y la realidad objetiva el sujeto responde al conflicto con respuestas contrapuestas, vale decir, escindidas: en una acepta la realidad objetiva y en la otra la rechaza.

⁹ Lacan hará esta afirmación clave en su relectura de la psicosis en relación a los registros. Al decir de Lacan: lo rechazado en lo simbólico reaparece en lo real.

¹⁰ Como ya hemos esbozado Freud explica esto a partir de que los psicóticos “parecen haber retirado realmente su libido de las personas y las cosas del mundo exterior, pero sin sustituirlas por otras en sus fantasías (...) La libido sustraída (...) fue conducida al yo, y así surgió una conducta que podemos llamar narcisismo” (Freud, 1914/1992, p. 72).

castigador. Flechsig, un “almicida” que condensa en su figura un mundo entero: Schreber temía que le hiciera algún daño, de naturaleza física, mental y/o sexual. Es de la mano de esta relación que expresa una hipótesis de gran relevancia: “el delirio atribuye un poder y un influjo tan grandes, y hacia cuyas manos convergen todos los hilos del complot” (Freud, 1911 [1910]/1991, p.39). Es aquella persona que previo a la enfermedad, tenía la misma relevancia para la vida sentimental del sujeto, o en su defecto, alguien que lo sustituya, por vías de la transferencia. Estos sentimientos se “proyectan” al exterior y se mudan a lo contrario. Es decir, quien era amado es ahora odiado y vuelve desde afuera en forma de delirio, la mayoría de las veces de persecución.

Para ilustrar lo planteado por Freud, tomemos dos fragmentos de Schreber: (i) “al fin me curé (...), y por eso solo podía abrigar entonces unos sentimientos de vivo agradecimiento hacia el profesor Flechsig” (Schreber, 1903/1978, p.35); (ii) Ya durante su segunda internación en la clínica exclama: “luego que se hubiere reconocido o supuesto que mi enfermedad nerviosa era incurable, se me entregaría a un hombre, y de tal suerte que le darían mi alma, y en cuanto a mi cuerpo, mudado en un cuerpo de mujer” (Schreber, 1903/1978, p.56), aludiendo que el hombre al cual sería entregado habría de ser el propio médico. Resta preguntarse ¿Qué fue aquello que hizo que la figura de Flechsig se ponga en juego en el fenómeno transferencial en donde el médico operaría como sustituto de objetos de amor –padre/hermano? Es aquí que Freud sentará las bases para pensar la transferencia en la psicosis. Existiría “un proceso de transferencia, por el cual, una investidura de sentimiento es, en el enfermo, trasladada de una persona (...) en verdad indiferente, de suerte que este último aparece escogido como un sustituto, un subrogado de alguien mucho más próximo” (Freud, 1911 [1910]/1991, p. 44)

Sigamos esta línea de sustitución de padre/hermano por Flechsig. A esta tríada se suma otro elemento: Dios. Según Freud, para el paciente, desde un punto de vista psíquico, es más conveniente colocarse en el lugar de mujer de un ser grandioso como Dios que en el de mujer de un simple mortal como Flechsig. Más adelante, en un nuevo reparto de personajes, el inventor del psicoanálisis establece los siguientes lugares: padre de Schreber-Dios, hermano-Flechsig. Según la lectura de Freud, existe algo que habilita esta sustitución.

Freud leerá estas relaciones en la clave del complejo de Edipo, afirmando que en Schreber se daría el triunfo de la fantasía sexual infantil, no sin la ambivalencia que eso conllevaría. El temor a la castración por parte del padre se acepta al vivir la transformación en mujer, que se complementa con la idea de que no sería solo mujer, sino la mujer de Dios (padre), con quien tendría los hijos que no pudo tener en su vida, como hombre.

A través de este caso el autor focaliza el mecanismo paranoico: “el carácter paranoico reside en que para defenderse de una fantasía de deseo homosexual se reacciona, precisamente, con un delirio de persecución de esa clase” (Freud, 1911 [1910]/1991, p.55). Asevera que el origen del delirio yace en fantasías que se desatan en los vínculos entre las personas, fantasías que no se captan por localizarse “en lo profundo de la vida anímica”, allí donde el delirio sí accede. (Freud, 1911 [1910]/1991, p.56). Para que las fantasías homosexuales puedan convertirse en un motivo de delirio persecutorio entra en juego el mecanismo proyectivo, característico de la paranoia, en todas sus formas.

La fantasía de deseo homosexual se define como “el núcleo del conflicto en la paranoia del varón” (Freud, 1911 [1910]/1991, p.58). Al menos las formas principales de paranoia podrían resumirse como una contradicción a la frase “Yo [un varón] lo amo [al varón]”. Por lo tanto, sería, en el caso del *delirio de persecución*: **Yo no lo amo - pues yo lo odio**. Al entrar en juego el mecanismo de proyección, es él quien me odia y por lo tanto me persigue, y al percibir eso, yo también lo odio: **Yo no lo amo - pues yo lo odio - porque él me persigue**.

En el caso de la *erotomanía*, la premisa inicial sería: **Yo no lo amo - pues yo la amo**. Cuando se proyecta hacia afuera, es ella quién me ama: **Yo no lo amo - yo la amo - porque ella me ama**.

El *delirio de celos* puede verse tanto en hombres como en mujeres con el mismo desarrollo. Utiliza el “delirio de celos del alcohólico” para hablar de los celos en el hombre, planteando un contexto en el que se desarrollaría este delirio. El hombre, que comienza a sentirse atraído por otros hombres - estando entre hombres, tomando alcohol, donde las inhibiciones bajan - para defenderse de esos sentimientos, explicará la situación de la siguiente manera: **No yo amo al varón - es ella quien lo ama** (Freud, 1911 [1910]/1991, p.59-60).

Como dijimos, las tres variedades de delirio se desarrollarían a partir de contradicciones a la frase: “yo lo amo”. Así, Freud dirá que “el delirio de celos contradice al sujeto, el delirio de persecución al verbo, la erotomanía al objeto” (Freud, 1911 [1910]/1991, p. 60). La última forma que toma el delirio, de las aquí presentadas, contradice la frase entera: “Yo no amo en absoluto, y no amo a nadie”. La libido allí no tendría lugar en donde colocarse, y ya que eso no es posible, termina ocurriendo: “Yo me amo solo a mí”.

A través del caso Schreber, Freud llega a elucidar que el desasimiento libidinal en la paranoia no es el núcleo patógeno en sí mismo, es su empleo lo que lo convierte en particular. “En la paranoia la libido liberada se vuelca al yo, se aplica a la magnificación del yo” (Freud, 1911 [1910]/1991, p.67). Es así como el delirio se convierte en una especie de conductor de la libido. En este mismo caso el autor ilustra este hecho a través del

relacionamiento de Schreber con Flechsig. En un primero momento hay un desasimiento de la libido de la persona de Flechsig, y luego el delirio vuelve a colocar la libido en esa persona. Lo hace convirtiéndolo en el perseguidor, es decir, colocándolo en un lugar con connotaciones negativas, ya que de esta forma puede burlar la represión. De igual manera, este mecanismo queda visiblemente cancelado por el desarrollo, justamente, del delirio.

En su texto *Introducción al narcisismo (1914/1992)*, Freud profundiza lo trabajado en el caso Schreber. En este texto, Freud define el narcisismo como “aquella conducta por la cual un individuo da a su cuerpo propio un trato parecido al que daría al cuerpo de un objeto sexual” (Freud, 1914/1992, p.71). Aunque emparenta a la psicosis con la perversión, Freud señala que, lejos de la patología, existe en todo sujeto un estado de autoerotismo - narcisismo primario- estructural y constitutivo, que será relegado por el amor de objeto. Sin embargo, afirma que solo a través de la esquizofrenia – dementia praecox- se puede capturar esta forma de encuentro con el mundo que difiere de la neurosis. Según él, la diferencia estribaría en que las neurosis suplen esa falta de vínculo con la realidad mediante la fantasía. Entonces, el vínculo con personas y cosas no queda cancelado, sino que, según nos explica el autor, “han sustituido los objetos reales por objetos imaginarios” (Freud, 1914/1992, p.72). Freud apunta a los diversos destinos de la libido, afirmando que, en las psicosis, la libido estaría colocada en el yo. Será en el continuo intento por manejarla que el sujeto construye el delirio de grandeza.

Otro punto clave es la distinción entre libido yoica y libido de objeto. Sostenido en la concepción económica, señala: “cuanto más gasta una, tanto más se empobrece la otra” (Freud, 1914/1992, p.74). Tal como señalamos, estas libidos son indiferenciables en un principio –autoerotismo- produciéndose la distinción cuando se comienzan a investir objetos externos, lo que, según Freud, será necesario para no caer en la patología. Esta diferenciación tiene sus comienzos en el primer supuesto que separaba pulsiones sexuales y pulsiones yoicas.

Freud realiza una lectura de la psicosis colocando en juego los términos del Edipo y la relación a lo paterno, la hipótesis freudiana de la paranoia fundó el proyecto teórico que impone la articulación de los conflictos delirantes a un determinismo histórico –infantil- como causa y material de ellos. Lejos de concebir un sujeto psicótico “fuera de la realidad”, la interpretación freudiana conduce a afirmar que su delirio es derivado de una historia de amor paternal. El intento infructuoso de Schreber de la construcción de la figura de un “almicida” hunde sus raíces en el propio linaje familiar. Transformarse en mujer era una forma de revelarse ante los “hombres hechos a la ligera”, habilitando la renovación de la humanidad. Freud invita a pensar junto a las memorias escritas de Schreber es el padecer

desbordante que le produce una posición a un sujeto que a través del delirio intenta transformar.

iii. *El pintor Haitzmann y los pactos con el Diablo*

Continuando con los aportes freudianos, nos remitimos ahora al estudio de caso¹¹ que se lee en el texto que refiere al pintor Cristoph Haitzmann. Freud trabaja este caso como una “neurosis”, pese a que el caso muestra ineludibles referencias a la invasión en la vivencia delirante y sus relaciones con la psicosis. De hecho, en las neurosis se puede constatar elementos semiológicos de la psicosis, pese a que la estructura y los fenómenos clínicos no son equivalentes.

Al igual que Schreber, Freud recurre a la letra, a la escritura de un manuscrito titulado *Trophaeum Mariano-Cellense*. Se trata de un caso de depresión melancólica, que puede resumirse como el de un hombre que ante la irrupción de una “crisis creativa”, sintiéndose desanimado por el progreso de su arte y su futuro mientras especulaba la muerte de su padre (Freud, 1923 [1922]/2014, p.82), establece “dos pactos con el diablo”: uno escrito con tinta y otro con sangre. Esto resulta de gran importancia pues Freud ordena el caso en la lectura del desciframiento del pacto. ¿Cuáles serían los motivos por los que estaría interesado en realizar un pacto con el diablo? El pintor, en su singularidad, “alguno tiene que tener” (Freud, 1923 [1922]/2014, p. 82). Según Freud, ante el estado de depresión, el pintor se entrega al diablo-interactuando con él- y comprometiéndose a ser “su hijo carnal”. En las pinturas de Haitzmann es recurrente la figura del diablo.

A continuación, comienzan los intentos de interpretación. Freud se pregunta: ¿por qué el pacto lo obliga a cumplir determinadas exigencias cuando se esperaría que un pacto es a cambio de recibir algún tipo de beneficio? “Nos suena totalmente ilógico, absurdo, que este hombre no trueque su alma por algo que recibirá del Diablo, sino por algo que él debe prestar al Diablo” (Freud, 1923 [1922]/2014, p.83). Freud comienza a hilvanar los hilos conductores del delirio a la vida del pintor conjeturando que éste se veía sumido en un estado de melancolía que había sobrevenido luego de la muerte de su padre. El diablo se torna en la lectura freudiana un sustituto del objeto de amor perdido. La melancolía¹² aparece en respuesta a la muerte del padre, de quien el doliente se niega a privarse. La aparición del Diablo, quien promete “ayudarlo en todas las maneras y tenerlo de su mano”

¹¹ “Una neurosis demoníaca en el siglo XVII” (1923 [1922]/2014)

¹² Freud define a la melancolía como “una desazón profundamente dolida o alteración del humor, la cancelación del interés por el mundo exterior, la pérdida de la capacidad de amar, la inhibición de toda productividad”. (Freud, 1917[1915]/1992, p.242). La melancolía es la respuesta patológica a una pérdida, en tanto, en respuesta a una pérdida en la realidad objetiva, el doliente recurre a la sustitución alucinatoria.

(Freud, 1923 [1922]/2014, p. 82) parece sustituir su falta. La pérdida del objeto de amor, que también es de odio y rivalidad, le permiten firmar:

Sabemos también, por la historia secreta del individuo (según la va descubriendo el análisis), que el vínculo con ese padre fue ambivalente quizá desde el comienzo mismo o, en todo caso, devino tal muy pronto, vale decir, abrazó dos mociones de sentimientos contrapuestas: no solo de sumisión tierna, sino de desafío hostil. (Freud, 1923 [1922]/2014, p.87)

Por tanto, quien se asocia en un momento con amor y cariño (Dios), en otro momento puede bien generar hostilidad (Diablo) pues, tal como señala Freud, Dios y el Diablo no son más que las dos caras de una misma moneda. Agrega que sería otro el alcance del análisis si conociese más acerca de la historia particular del pintor y su padre, reforzando así la importancia de la historia personal de cada sujeto a la hora del análisis del caso (Freud, 1923 [1922]/2014, p. 89). Freud realiza un intento más de interpretación, basándose en las pinturas del diablo con pechos femeninos:

si la renuencia a aceptar la castración imposibilita a nuestro pintor tramitar la añoranza de su padre, es bien comprensible que se vuelva a la imagen de la madre en busca de ayuda y salvación. Por eso declara que solo la Santa Madre de Dios de Mariazell puede salvarlo del pacto con el Diablo, y recupera su libertad el día del Natalicio de la Madre. (Freud, 1923 [1922]/2014, p.92)

Pueden leerse, en su interpretación, los beneficios que tiene para el sujeto el delirio en su función de refugio. Genera entonces, por las similitudes de los casos en la temática delirante, un paralelismo con el caso Schreber (Freud, 1911 [1910]/1991): “Schreber halló su curación cuando resolvió resignar la resistencia a la castración y avenirse al papel femenino que Dios le destinaba” (Freud, 1923 [1922]/2014, p.94).

Sin caer en la discusión de la estructura, la casuística freudiana habilita a afirmar que la certeza delirante está sostenida en una materialidad discursiva que resulta ser insoportable para el sujeto.

iv. Construcción de la realidad o construcción del delirio

En *Construcciones en análisis* (1937/1991), Freud plantea la construcción como el trabajo del analista en re-construir el camino de los retoños de lo reprimido que aparecen en el analizante. Para que este camino sea fructífero, el analizante se apropiará del recuerdo construido, no obstante, no siempre ocurre así. En algunos casos, según Freud, al comunicar al analizante una construcción de forma certera, se manifiestan - por la vía de los sueños o los recuerdos más vívidos - imágenes del contexto de ese recuerdo puntual: no el recuerdo mismo sino ciertos elementos que allí estaban -como el lugar, las personas que estaban presentes, etc. Entonces, el recuerdo quedó desalojado por estos elementos

secundarios, represión mediante. Frente a ello, Freud sostiene que existe una analogía entre este recuerdo vivaz y la alucinación, y se pregunta: ¿es acaso la alucinación un retorno de un recuerdo vivenciado a una edad temprana que forja su camino hacia la conciencia?

Esta maniobra interpretativa resulta similar a la que realizó en los análisis del delirio recorridos anteriormente: la posibilidad de que aquello que resulta tan extraño sea familiar, vale decir, lo ominoso. Pensemos la alucinación como parte de formaciones delirantes, y sigamos esta ilación de pensamientos con estas últimas como foco. Freud ha pensado el mecanismo delirante como constituido por dos factores: el extrañamiento del mundo exterior, y la influencia del cumplimiento de deseo en su contenido, sin embargo, a partir de lo vislumbrado en torno a la construcción en el análisis y los efectos que eso encarnó en sus pacientes, se pregunta:

¿el proceso dinámico no podría ser, en cambio, que la pulsión emergente de lo reprimido aprovechara el extrañamiento respecto de la realidad objetiva para imponer su contenido a la conciencia, en lo cual las resistencias excitadas por este proceso y la tendencia al cumplimiento de deseo compartieran la responsabilidad por la desfiguración (dislocación) y el desplazamiento (descentramiento) de lo vuelto a recordar? (Freud, 1937/1991, p.268)

Aquí Freud comienza a poner en cuestión si lo que había afirmado anteriormente como dos mecanismos que operaban con objetivos análogos, pero de forma separada, no operarían de forma unida y causal. El punto importante de esta elucidación es la afirmación de que “no solo hay método en la locura (...) sino que está también contiene un fragmento de verdad histórico-vivencial” (Freud, 1937/1991, p.269). Por lo tanto, la creencia en la cual se asienta el delirio, y también su fuerza, tienen como fuente el recuerdo infantil. A partir de allí Freud sostiene que “se resignaría el vano empeño por convencer al enfermo sobre el desvarío de su delirio, su contradicción con la realidad objetiva, y en cambio se hallaría en el reconocimiento de ese núcleo de verdad (...) sobre el cual pudiera desarrollarse el trabajo terapéutico” (Freud, 1937/1991, p.269). Si bien no da esperanza sobre el éxito terapéutico en psicosis, dirá que el trabajo terapéutico estaría en acompañar los hilos que conducen a ese recuerdo que busca ser restituido, vale decir, hacia su lugar de origen.

Frente a ello, podremos afirmar que la dicotomía inicial que separa la realidad objetiva del delirio se desvanece al sostener algo que para Freud fue clave desde el comienzo de sus teorizaciones - que la única realidad con la que trabaja el psicoanálisis es la psíquica. Las construcciones delirantes tendrían como cometido establecer un contacto entre ambas construcciones, en tanto el delirio se construye con el fin de traer al presente un recuerdo que no puede sortear su paso por la represión de otra manera que no sea por la vía delirante, aunque se pierda “el contacto con la realidad objetiva”.

En el orden de este razonamiento, acompañamos a Freud al afirmar que la estructura psíquica del sujeto determina la forma en la que el sujeto construirá una existencia posible –por medio de la fantasía en la neurosis o el delirio en la psicosis- pero que esta construcción no será sin fisuras. Al decir de Freud, “no interesa qué emprenda el yo en su afán defensivo, sea que quiera desmentir un fragmento del mundo exterior real y efectivo o rechazar una exigencia pulsional del mundo interior, el resultado nunca es perfecto, sin residuo” (Freud, 1938/1991, p. 206).

En el artículo *Fetichismo* (1927/1992) arriba al concepto de *desmentida* basándose en la historia de dos jóvenes que ante la muerte de su padre recurren a la *escotomización* del hecho, vale decir, se produce una *ceguera inconsciente*, mediante la cual el sujeto hace desaparecer los hechos desagradables de su conciencia o de su memoria.

Dentro de la vida anímica de aquellos, sólo una corriente no había reconocido la muerte del padre; pero existía otra que había dado cabal razón de ese hecho: coexistían, una junto a la otra, la actitud acorde al deseo y la acorde a la realidad (...) Me es posible en consecuencia, mantener la expectativa de que en el caso de la psicosis una de esas corrientes, la acorde con la realidad, faltaría efectivamente (Freud, 1927/1992, p.151).

Freud llamará a esta separación *escisión psíquica*. ¿Qué sucede en las psicosis? Al parecer el desenlace está atado a la fuerza relativa de ambas partes escindidas. Tal como señala Freud, “si la segunda es o deviene la más poderosa, está dada la condición de la psicosis. Si la proporción se invierte, el resultado es una curación aparente de la enfermedad delirante.” Aparente, ya que el delirio ya está formado previamente, solo que aguarda en lo inconsciente (Freud, 1938/1991, p. 204).

El recorrido realizado nos permite sostener que mediante la elaboración delirante el sujeto intenta apelar a una solución ante una realidad insoportable, buscando acotar el dolor. No obstante, Freud advierte que este “parche colocado en el lugar donde originariamente se produjo una desgarradura en el vínculo del yo con el mundo exterior” (Freud, 1924/2014 p. 157) nunca será sin agujeros.

V. De Freud a Lacan: el giro teórico

i. El caso Aimée

En “*De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad*” (1975/1979)

Lacan afirma;

El 10 de abril de 193... , a las ocho de la noche, la señora Z - una de las actrices más apreciadas del público parisiense- llegaba al teatro en que esa noche iba a actuar. En el umbral de la entrada de los artistas fue abordada por una desconocida que le hizo esta pregunta: "¿Es usted la señora Z.?" La mujer que hacía la pregunta iba vestida correctamente; llevaba un abrigo con bordes de piel en el cuello y en los puños, y guantes y bolso. En el tono de su pregunta no había nada que despertara la desconfianza de la actriz. Habituada a los homenajes de un público ávido de acercarse a sus ídolos, respondió afirmativamente y, deseosa de acabar pronto, se disponía a pasar adelante. Entonces, según declaró la actriz, la desconocida cambió de rostro, sacó rápidamente de su bolso una navaja ya abierta, y, mientras la miraba con unos ojos en que ardían las llamas del odio, levantó su brazo contra ella. Para detener el golpe, la señora Z. cogió la hoja con toda la mano y se cortó dos tendones flexores de los dedos. Ya los asistentes habían dominado a la autora de la agresión. (Lacan, 1975/1979, p.138)

En este subcapítulo trabajaremos algunas de las primeras ideas desarrolladas por Lacan acerca de la psicosis sin descuidar que, en este escrito, Lacan pone en tensión dos discursos diversos: la psiquiatría y el psicoanálisis. Nos limitaremos a nuestro objeto de estudio, a saber, el delirio en relación a la estructura psicótica.

La experiencia de la locura convocó tempranamente a Lacan, quien se encuentra con el discurso de Marguerite Anzieu y devela como las palabras dirigidas al sujeto de la psicosis tienen efectos sobre él. En este estudio, Lacan rastrea, mediante la lectura del delirio, los mojones de la historia que habrían sido la causa de su locura, diferenciándose de lo que denomina la doctrina clásica, la cual entiende “la interpretación como una alteración razonante, fundada en elementos constitucionales del espíritu” (Lacan, 1975/1979, p. 197) e intenta detenerse en casos donde el factor constitucional está ausente predominando los factores desencadenantes. En estos momentos Lacan se interesaba en las conexiones entre el delirio y lo que llamaba “personalidad”, apuntando a una lectura de la naturaleza de los mecanismos que entran en juego en la psicosis.

La pregunta que guio la investigación fue si la psicosis ha de ser una reacción a un conflicto o trauma – es aquí donde se acopla a la tesis freudiana. A partir de allí, Lacan articula en el caso nociones psicoanalíticas para el estudio del delirio. A través de la

denegación (*Verneinung*) freudiana -en tanto “confesión de aquello que tan rigurosamente se está negando saber” - leerá el agravio que Aimée imputa a su hermana de haberle arrebatado a su hijo, “agravio en el que es impresionante reconocer el tema sistematizador del delirio” (Lacan, 1975/1979, p.212). Esta hipótesis se sostiene en el lugar que la hermana tiene para Aimée, pues, es la esta hermana la que se transforma en un otro perseguidor e invasivo, que amenaza constantemente con asumir los lugares de Aimée en cuanto mujer y madre.

Lacan marca la muerte del primer hijo de Aimée como la primera sistematización delirante. En ese momento, la persecución se instala en relación a una amiga de hace algunos años que había tenido para ella una influencia particular. La lectura de Lacan es que, frente a la resistencia por ver a su hermana como un rival a eliminar, comienza a buscar sustitutos, nuevos objetos como blanco para su persecución. No al azar, al objeto que se ofrece directamente a su odio le sustituye otro objeto, que ha provocado en ella reacciones análogas por la humillación experimentada y por el carácter secreto del conflicto, pero que tiene la ventaja de estar fuera del alcance de su agresión (Lacan, 1975/1979, p.213). Lo que habría guiado la elección de esos objetos sería “la conjugación de coincidencias fortuitas y de analogías afectivas profundas.” (Lacan, 1975/1979, p.213) lo que nos permite emparentar estos postulados a la tesis freudiana en Schreber.

La trama delirante sistematizada rotará de perseguidores hasta incluir a la señora Z como única culpable. Una trama que solo fue posible detener a partir del corte producido en el pasaje al acto que visibiliza su caso. A los veinte días de haber sido encarcelada, el delirio de Aimée cesa. La psicosis, manifestada a través del delirio, permanece curada durante un año y medio aproximadamente, contando hasta el tiempo presente en que se escribió el historial. Lo sorprendente del hecho es la desaparición brusca del delirio, en todos sus temas. Estas curaciones instantáneas, suelen verse en cuadros delirantes llamados pasionales, en los que luego del crimen, la convicción delirante cae. Lacan asevera que el pasaje al acto y la lógica punitiva habrían de funcionar como resolución del delirio. Aimée se habría agredido a sí misma y es por el “autocastigo” que el delirio cae (Lacan, 1975/1979, p.227).

Al igual que Freud, Lacan pretende encontrar en el discurso delirante relaciones causales que marquen la irrupción de la psicosis y con ello, las conexiones entre delirio y acto. A la luz de la hipótesis, avanza para poder explicar el sentido del delirio, considerando, por un lado, los fenómenos de la personalidad, concebidos como “fenómenos psicológicos de origen y de significación sociales” (Lacan, 1975/1979, p.228); y en contraposición a estos, los mecanismos puramente biológicos, que se

mostraron insuficientes para explicar tanto la permanencia como la sistematización del delirio. En el caso de Aimée, los fenómenos de la personalidad explican el sentido del delirio. Este último está atravesado por la tendencia al autocastigo, haciendo que todas sus experiencias sean interpretadas por ella desde esa óptica.

Una apuesta a la pregunta por el perseguidor, logrando de esa forma poner a cierta distancia el objeto, sería el modo en que Aimée habría comenzado a establecer transferencia, siendo las más de las veces articulada a la sospecha, la desconfianza y la agresividad. Lacan sostiene que las perseguidoras “representan la imagen que Aimée se hace de la mujer (...) este tipo de mujer es exactamente lo que Aimée misma sueña con llegar a ser. La misma imagen que representa su ideal es también el objeto de su odio” (Lacan, 1975/1979, p.230). Aimée ataca a su víctima en tanto representante de su ideal que toma forma en diferentes personas, al decir de Lacan “las perseguidoras (...) personifican un ideal de malignidad, contra el cual su necesidad de agresión va en aumento” (Lacan, 1946/2000, p.159).

En definitiva, para Lacan hay un caso Aimée que es un testimonio del “campo paranoide de la psicosis” en donde utiliza como balizas la relación entre la evolución del delirio y ciertos acontecimientos traumáticos vinculados con un conflicto vital del sujeto, y es a partir de aquí que se sigue analizando el caso (Lacan, 1975/1979). Lacan plantea una interpretación del caso por la vía del psicoanálisis, centrándose en lo que llama “el problema de la curación clínica de esta psicosis” (Lacan, 1975/1979, p.226), para conocer, a través de ella, la naturaleza de la enfermedad. Lacan centra su análisis en el eje imaginario o narcisista, brindando una forma de pensar la causalidad de la psicosis que pone en tensión los postulados de la psiquiatría organicista y su puesta en primer plano de la lesión orgánica, del origen degenerativo hereditario y de la evolución terminal. Frente a ello, funda un modo de lectura en el que progresivamente consolida el registro imaginario,¹³ centrado en la relación narcisista, permitiendo pensar los fenómenos de fragmentación y extrañeza de la psicosis e inaugurando un nuevo modo de concebir la constitución psíquica del sujeto.

¹³ Serán importantes para ello también sus escritos sobre el estadio del espejo y la agresividad en psicoanálisis.

ii. La causalidad de las locuras

Todos, sean cuales fueren, alucinaciones, interpretaciones, intuiciones, y aunque el sujeto los viva con alguna extraneidad y extrañeza, son fenómenos que le incumben personalmente: lo desdoblan, le responden, le hacen eco, leen en él, así como él los identifica, los interroga, los provoca y los descifra. Y cuando llega a no tener medio alguno de expresarlos, su perplejidad nos manifiesta asimismo en él una hiancia interrogativa: es decir que la locura es vivida íntegra en la dimensión del sentido.
(Lacan, 1946/2000, p.156)

Situados en la tradición de los *discursos psi*, la psicosis y la locura se leen como homologas. No obstante, la concepción de locura en Lacan se dirige por otras y diversas vías a las estructuras clínicas. Ella escapa a la psiquiatría, a lo mórbido, en tanto la posibilidad de hablar y la locura serían contemporáneas: la posibilidad de ingresar a una habilitaría el acceso a la otra. Tal como hemos mencionado, Lacan realiza un viraje del discurso psiquiátrico al psicoanalítico y sería allí donde encuentre la causa de la locura, por otras vías que escapen al órgano-dinamismo de Henry Ey.

En su escrito *Acerca de la causalidad psíquica* (1946/2000) propone, a partir de la lectura de Descartes, tensionar la concepción de verdad y error. Asimismo, distingue posiciones epistemológicas que se sostienen en concepciones de sujeto y libertad que cortan posibles encuentros entre Ey y Lacan.

A partir de la afirmación de que “la noción de lo verdadero condiciona en su esencia el fenómeno de la locura” (Lacan, 1946/2000, p.144), se remitirá a la forma en que Descartes trabaja el concepto de libertad. En *Meditaciones metafísicas* (Descartes, 1963, p.91) se proponen tres argumentos escépticos para el método cartesiano -el error, el argumento del sueño y el argumento del genio maligno. Tomando la sin-razón de la locura, Descartes llega a cuestionarse: “¿cómo negar que estas manos y este cuerpo sean míos, si no es poniéndome a la altura de los insensatos, cuyo cerebro está tan turbio y ofuscado por los negros vapores de la bilis, que aseguran ser reyes siendo muy pobres?” (Descartes, 1963, p. 92). La locura es sostenida como fuente de engaño y error. Esta concepción del error, dirá Lacan, elimina toda posibilidad de comprensión y coloca por lo tanto al loco en el lugar de objeto.

Entre la verdad y el error, Lacan retoma a Hegel para brindar otra lectura posible, siendo que, a diferencia de Descartes, para Hegel no existe un dualismo entre razón y sinrazón, sino que la locura será una forma de razón. Para Hegel, lejos de una pérdida de la razón, la locura es una contradicción de la razón. A partir de allí, Lacan sostiene

que el loco es quien se cree lo que es, en tanto “si un hombre cualquiera que se cree rey está loco, no lo está menos un rey que se cree rey” (Lacan, 1946/2000, p. 161).

Lacan sitúa en el centro de la locura el fenómeno de desconocimiento, pues para Lacan el loco desconoce el mundo tal como se presenta, pretendiendo imponer su propia ley, la ley del corazón. Esta lectura hegeliana pone en cuestión la “ley del corazón”, que remite a una protesta del corazón contra el orden establecido. Lacan toma este acto como insensato pues, según afirma, “no reconoce en el desorden del mundo la manifestación misma de su ser actual” (Lacan, 1946/2000, p. 162). De esta manera la locura resulta ser una forma del sujeto de posicionarse en relación al mundo y no un déficit de la razón (doctrina clásica).

Según Mahieu (1999), el desacuerdo entre Ey y Lacan se fundamenta en el concepto de Libertad. Según señala, la palabra *libertad* puede definirse de maneras diversas, acarrea la historia de la filosofía. La concepción de sujeto es disímil en ambos autores: para Ey, el sujeto recibe las determinaciones esenciales desde sí mismo; para Lacan, estas determinaciones vienen desde el mundo exterior (Mahieu, 1999). Podría afirmarse que, para Ey, el Yo es dueño de su propia casa.

La concepción de Ey acerca de la libertad es que el individuo puede elegir pensar libremente. En su concepción órgano-dinámica, el loco no puede hacerlo por razones ontogenéticas, por lo cual la locura sería la *patología de la libertad*. Para Lacan, en cambio, el sujeto no es libre en tanto es “sujeto al significante”, sujeto al campo del simbólico. Sin embargo, el loco inscribe su libertad por fuera de la legalidad del orden simbólico, permaneciendo libre de las determinaciones sociales esenciales.

Lo novedoso de la concepción lacaniana de la locura, en la que el sujeto *construye* en relación a esa imposibilidad, es que lo que crea tiene un sentido propio. Lacan sostiene que la *identificación al ideal* sin mediación será la fórmula de la locura. Esta loca identificación sostiene al ideal como representación en el sujeto de su libertad y será por ello que el sujeto se dirige hacia él, porque es lo mejor de sí (Lacan, 1946/2000, p.163). El loco se define como aquel que “se cree” lo que “es” en un puro desconocimiento: la petrificación al Ideal – I(A), sin el pasaje por el campo del Otro. Detención, paralización, petrificación del sujeto en el recorrido simbólico: “la identificación al Ideal es locura” (Eidelsztein, 2008, p. 99). Aquí podremos concluir que se produce un desplazamiento desde la tesis que explica el padecimiento de Aimée como una paranoia de autopunición, motivada por la búsqueda de castigo, hacia la causalidad de la locura como la relación del sujeto con la búsqueda de la liberación.

Para profundizar en esta nueva hipótesis se hace necesario recurrir al concepto de *imago*, sostenido por Lacan en estos tiempos: “la historia del sujeto se desarrolla en una

serie más o menos típica de identificaciones ideales, que representan a los más puros de los fenómenos psíquicos por el hecho de revelar, esencialmente, la función de la imago” (Lacan, 1946/2000, p.168). A través del estudio del Yo y su relación con sus formas ideales se desprende el conocimiento paranoico: la imago o identificación imaginaria, lo especular en sus relaciones con el narcisismo y la función de la agresividad en la constitución del yo son las dominantes en su teoría por estos tiempos. Aquí aborda el concepto de transactivismo para pensar las relaciones de rivalidad –yo -no-yo. A partir de la tesis de Charlotte Bühler manifiesta como la captación del niño por la imagen del otro es constitutiva “en el espejo, en el sentido de que el sujeto se identifica en su sentimiento de sí con la imagen del otro, y la imagen del otro viene a cautivar en él éste sentimiento” (Lacan, 1946/2000, p.171). Es una captación alienante en donde el sujeto se identifica en el otro y a sí mismo en un deseo de reconocimiento. Tomando a Hegel, Lacan enuncia:

el deseo mismo del hombre se constituye (...) bajo el signo de la mediación; es deseo de hacer reconocer su deseo. Tiene por objeto un deseo -el del otro-, en el sentido de que el hombre no tiene objeto que se constituya para su deseo, sin alguna mediación, lo cual aparece en sus más primitivas necesidades, como por ejemplo (...) hasta su propio alimento debe ser preparado. (Lacan, 1946/2000, p.171)

Las identificaciones al otro van a construir el nudo imaginario -nombrado como narcisismo por el psicoanálisis freudiano. Dirá que el nudo se asienta en la relación de “la imagen con la tendencia suicida esencialmente expresada por el mito de Narciso” (Lacan, 1946/2000, p. 176). El autor entiende esta tendencia suicida en referencia a lo que Freud llamaba pulsión de muerte o masoquismo primordial y la búsqueda de retornar a un estado anterior. En palabras de Lacan: “el Yo primordial, como esencialmente alienado, y el sacrificio primitivo, como esencialmente suicida” (Lacan, 1946/2000, p.177).

Advierte que “toda resolución de esa discordancia mediante una coincidencia ilusoria de la realidad con el ideal debe resonar hasta en las profundidades del nudo imaginario de la agresión suicida narcisista” (Lacan, 1946/2000, p.177). Es decir, en la búsqueda de ese desarrollo que pretende sanar la discordancia, puede llegar tan lejos como hasta la agresión.

Según Novas (s/f; s/p) desde la teoría desarrollada en su análisis del caso Aimée, que tenía como centro la paranoia de autopunición, Lacan se mueve hacia “la segunda teoría de la psicosis (...) al poner en primer plano la imago y las identificaciones”, quedando “incluida en el campo de los efectos imaginarios producidos por el desencadenamiento del significante.” (Novas, S/F-S/P).

iii. *La forclusión del Nombre del Padre*

La concepción de psicosis en Lacan se apartó progresivamente de los elementos fenomenológicos, dejando lugar a la estructura. La psicosis es una estructura clínica, que apunta a una modalidad de organización psíquica o defensa ante la castración, centrando su funcionamiento en la forclusión del significante Nombre – del – Padre, la cual le otorgaría su condición esencial (Lacan, 1957-58/1999). La introducción de este concepto en el año 1957 “sienta las bases de una clínica psicoanalítica estructural apoyada en la clínica psiquiátrica clásica” (Novas, s/f, s/p). La desaparición de esta clínica clásica se habría dado a partir del nacimiento de una clínica psiquiátrica centrada en la farmacología (Novas, s/f, s/p).

A fin de adentrarnos en el concepto de forclusión será necesario establecer algunos postulados, para comenzar, interpretación lacaniana del inconsciente en tanto cadena de significantes. Según Lacan, no hay más organización que la de los significantes en cadena: “la estructura del significante es, como se dice corrientemente del lenguaje, que sea articulado” (Lacan, 1957/2004, p. 481); “la cadena de los significantes tiene un valor explicativo fundamental, y la noción misma de causalidad no es otra cosa” (Lacan, 1957/2004, p. 256). Lacan lee el sistema teórico que conforma a través de los postulados del estructuralismo. Según Maleval (2000/2009), a partir de que Lacan sostiene que el discurso es del Otro se afirma la idea de una escisión estructural, al tiempo que la alienación imaginaria -basada en la lógica de las imagos- pierde primacía frente a la alienación significante.

Lacan se propone establecer una lógica que predomine en la estructura psicótica y permita la distinción con las otras estructuras, cuestión que, según Maleval (2000/2009), fue un punto oscuro en la obra freudiana. Freud utiliza para denominar el mecanismo psicótico tanto el término *Verleugnung* (renegación) como el término *Verwerfung* (forclusión). Aunque el primero no le resultó suficiente para dar cuenta de manera precisa de la distancia impuesta frente a una realidad intolerable, fue el que predominó en sus escritos acerca de la psicosis. Tal como afirma Novas, Lacan realiza un trabajo de rastreo a lo largo de toda la obra freudiana para delimitar el concepto. En el texto *Las neuropsicosis de defensa* (Freud, 1894/1986) “propone a la *verwerfung* (forclusión) como el proceso por el cual el yo rechaza la representación intolerable al mismo tiempo que su afecto, comportándose como si la representación nunca hubiera llegado hasta el yo” (Novas, s/f, s/p).

Un paso importante para entender este concepto es distinguirlo de la *represión*. La diferenciación que se establece entre *Verdrängen* (represión) y *Verwerfung* (forclusión), es el destino que toma lo que cae bajo la acción de estos mecanismos. En el caso de la *Verdrängen* (represión) “está ahí, y se expresa de modo perfectamente articulado en los síntomas y en multitud de otros fenómenos” (Lacan, 1955-56/2004, p. 24). En el caso de la *Verwerfung* (forclusión):

La “*verwerfung*” (forclusión) es un obstáculo a la rememoración, ya que eso quedó expulsado fuera de la “*bejahung*” (afirmación) original; entonces si la represión genera síntomas, en el sentido analítico del término, la forclusión generará fenómenos diversos, como por ejemplo la alucinación y el acting-out. (Novas, s/f, s/p)

La *afirmación original* refiere a que la *Verneinung* (renegación), “implica necesariamente una representación de la cosa negada y, por lo tanto, la existencia de una afirmación [*Bejahung*] simbólica anterior (Maleval, 2000/2009, p.44). La *Verwerfung* (forclusión) es entonces previa a esta afirmación original. Lacan define la *verwerfung* como el mecanismo fundamental en la psicosis, como “un proceso primordial de la exclusión de un interior primitivo, que no es el interior del cuerpo, sino el interior de un primer cuerpo de significante” (Lacan, 1955-56/2004, p. 217). A partir de allí, la diferencia estructural entre neurosis y psicosis se encuentra en el nivel del significante.

En base a estos postulados, diremos que la conformación de la estructura neurótica estará dada por el cumplimiento y la inscripción de la respuesta del Otro; en tanto, la estructura psicótica estará determinada por una falla en la inscripción del significante Nombre del Padre; “el padre en cuanto función simbólica, el padre en el nivel de lo que ocurre aquí entre mensaje y código (...) está forcluído” (Lacan, 1957-58).

A fin de consolidar la forclusión como mecanismo, Lacan retoma uno de los casos emblemáticos de Freud, *El hombre de los lobos* (Freud, 1918/1992) ciñéndose en el episodio que da lugar a la vivencia alucinatoria en el sujeto. Al decir de Lacan, “jugando con un cuchillo, se había cortado el dedo, que solo se sostenía por un pedacito de piel” (Lacan, 1955-56/2004, p.25). Tras ello, el niño se acerca a su nodriza en un silencio que a Lacan le resulta significativo pues remite a un “no saber nada de la cosa, ni siquiera en el sentido de lo reprimido” (Lacan, 1955-56/2004, p.25). Y expone a continuación en relación a la forclusión:

Hay una estrecha relación entre, por un lado, la denegación y la reaparición en el orden puramente intelectual de lo que no está integrado por el sujeto; y por otro lado, la *Verwerfung* y la alucinación, vale decir la reaparición en lo real de lo rehusado por el sujeto. Hay ahí una gama, un abanico de relaciones. (Lacan, 1955-56/2004, p.25)

Maleval afirma que, en esta época, la conceptualización de la forclusión es confusa, en la medida en que sostiene tanto la diferencia del “retorno” de lo indecible como los

fenómenos psicóticos no dialectizables (Maleval, 2000/2009). Como explica Novas, “lo reprimido se revela mediante una denegación y demuestra ser dialectizable porque está articulado en lo simbólico”, mientras lo forcluido “deja al sujeto incapaz de hacer funcionar la denegación con respecto al acontecimiento”. He allí las reticencias en el tratamiento de la psicosis, “existe un tope no dialectizable” (Novas, s/f, s/p).

Sobre la primacía del significante, el autor señala que existiría la imposibilidad de la inscripción de *un* significante, que denomina “primordial”, para la construcción y consistencia de la cadena (Lacan, 1955-56/2004). A causa de este “agujero” en la estructura simbólica, en el psicótico pueden observarse ciertos fenómenos y trastornos del lenguaje, en tanto el orden simbólico desintegrado “acarrea una desagregación en cadena, una sustracción de la trama en el tapiz, que se llama delirio” (Lacan, 1955-56/2004, p. 128). Así, si el significante debe primero distinguirse de la significación (por no tener significación propia), en la psicosis aparece un “puro significante” que, forcluido en lo simbólico, se presenta como una formación imaginaria en el registro de lo real (Lacan, 1955-56/2004). De este modo, el fenómeno psicótico es “la emergencia en la realidad de una significación enorme que parece una nadería —en la medida en que no se la puede vincular a nada, ya que nunca entró en el sistema de la simbolización— pero que, en determinadas condiciones puede amenazar todo el edificio” (Lacan, 1955-56/2004, p. 124) por la condición que en la psicosis el significante y el significado se presentan de forma dividida, sin “punto de almohadillado”, vale decir, sin hacer metáfora (Lacan, 1955-56/2004, p. 268).

Lacan funda un modo novedoso de encuentro con la palabra psicótica desarrollando la invasión de ese significante forcluido, dando lugar a un posible tratamiento. Es decir, esta posición respecto a la psicosis abre nuevas posibilidades para el tratamiento que permite el desarrollo del sujeto desde su singularidad y potencialidades.

iv. La estructura del Edipo

La función del padre en el complejo de Edipo es la de ser un significante que sustituye al primer significante introducido en la simbolización, el significante materno (...) Es la madre la que va y viene (...) la siento o no la siento, el mundo varía con su llegada, y puede desvanecerse. La cuestión es - ¿cuál es el significado? ¿Qué es lo que quiere, ésa? Me encantaría ser yo lo que quiere, pero está claro (...) le da vueltas a alguna otra cosa (...) el significado de las idas y venidas de la madre es el falo (Lacan, 1957-58/1999, p.179).

Subrayamos aquí la importancia de destacar que “la forclusión afecta al Nombre del Padre, y no a significantes cualesquiera ni a experiencias singulares” (Maleval 2000/2009, p.67). Para entender dicha especificidad, es necesario atravesar primero la noción de *función paterna*.

En la década del 50 Lacan piensa a la psicosis como una estructura clínica, regida por una lógica que centra su funcionamiento en la forclusión del significante Nombre – del – Padre. Por ello, ubicará la función del padre en un lugar central: “el corazón de la cuestión del Edipo” (Lacan, 1957-58/1999, p. 165). Lacan sostiene que el Edipo es una estructura que preexiste al sujeto y que lo espera. En este sentido, dejará de lado el Edipo como mito y pasa a ocuparse del mismo en otro nivel, el estructural. Se trata de una estructura en tanto es una organización con funciones y donde cada personaje se define en relación al otro y al lugar que ocupa, por lo cual, la presencia-ausencia de un padre concreto no significa que no se cumpla su función. Según Lacan, “el padre existe incluso sin estar” (Lacan, 1957-58/1999, p. 172). No es una anécdota de amor y odio, o una “aventura” (Lacan), sino que nos referimos a una experiencia inconsciente renovada, resignificada (*après coup*) a lo largo de la vida del sujeto, una experiencia que deja una huella imborrable en él. Según (Chemama y Vandermersch (2004) en el *Diccionario del Psicoanálisis*, *après coup* se entiende como una “dimensión de la temporalidad y causalidad específica de la vida psíquica que consiste en el hecho de que hay impresiones o huellas mnémicas que pueden no adquirir todo su sentido, toda su eficacia, sino en un tiempo posterior al de su primera inscripción”. Asimismo, Lacan plantea tres tiempos del Edipo, no en tanto tiempos cronológicos sino como tiempos lógicos, con una determinada sucesión.

En el primer tiempo lo central es la relación madre-hijo, “el sujeto es concebido como nacido en una sola relación del niño con la madre, antes de toda constitución de una situación triangular” (1955-56/2004). En el lugar del Otro se ubica la función de

decodificar el grito en un mensaje y, aunque Lacan por momentos va a conceptualizar la función materna como el Gran Otro, no se rige por ella. Se define al Otro como “lo anterior y exterior al sujeto, [que] lo determina a pesar de todo” (Chemama, 2004, p. 488). Se visualiza aquí la idea de que la constitución psíquica se desarrolla desde un afuera hacia un adentro, en tanto la figura de la “madre” se constituye como un Otro alienante y fundante del ser psíquico. Cabe señalar que la madre puede ocupar ese lugar ya que “algo le falta” (el falo). En caso de que estuviera “completa”, no hay lugar para el niño. La relación madre-hijo no se trata de una relación directa con la madre, sino con el deseo de ella: “es un deseo de deseo” (Lacan, 1957-58/1999, p. 328). El objeto de deseo de la madre es el falo. El niño, entonces, se relaciona con este deseo tratando de alcanzarlo; trata de saber de qué manera puede alcanzarlo (cómo ser alguien para su madre). Al decir de Lacan, “¿cómo concebir que el niño que desea ser el objeto de deseo de su madre consiga satisfacerse? Evidentemente, no tiene otra forma de hacerlo más que ocupar el lugar de objeto de deseo” (Lacan, 1957-58/1999, p. 206). De esta manera, vemos que la madre imagina al hijo como falo y, al mismo tiempo, el hijo se imagina ser el falo para satisfacer el deseo de la madre. Se instaura aquí el Ser el falo, es la alienación del sujeto al deseo del Otro (A), ley materna a la cual el niño está sometido. Esto también quiere decir que es el deseo de la madre que pone al hijo en el lugar del falo imaginario para obturar una falta.

En el Seminario 3 Lacan nos dice que lo esencial y característico de las teorizaciones freudianas se basan en que el objeto fálico tiene un lugar central dentro de la economía libidinal, tanto para el hombre, como en la mujer (Lacan, 1955-56/2004). En Freud, este elemento ya era central en la organización de la vida sexual del ser humano. El falo es el “eje de la dialéctica subjetiva”. Según el *Diccionario del Psicoanálisis* referido arriba, es el “símbolo de la libido para los dos sexos; significante sobre el sujeto y, en particular, la pérdida ligada a la captura de la sexualidad en el lenguaje” (2004, p. 242). Debemos destacar que en el primer tiempo del Edipo estamos hablando de un falo imaginario.

Hacia el segundo tiempo del Edipo, el padre aparece como *interdictor*, mediando el discurso de la madre. La puesta en juego del padre produce en el niño una lectura imaginaria de la ley del padre. “El padre interviene en calidad de mensaje para la madre (...) lo que enuncia es una prohibición (...). Este no es un mensaje sobre un mensaje (...) Es una forma particular de mensaje sobre mensaje (...) un mensaje de interdicción.” (Lacan, 1957-58/1999, p. 208). Se trata de una doble castración: hacia el niño como prohibición del incesto (“no te acostarás con tu madre”) y hacia la madre, una prohibición de reintegración oral (“no reintegrarás tu producto”). Se elimina así la ilusión fálica de la

madre. En este tiempo, el padre se muestra como un padre terrible, representante de la ley, y como agente de la castración simbólica. Ley que hace surgir el deseo del niño y que le permite salir de un lugar en el que sólo podría haber sido el objeto de deseo de la madre. Aquí, la castración apunta sobre un objeto imaginario: el falo imaginario.

Finalmente, el tercer tiempo planteado por Lacan significará la salida del complejo de Edipo. Aquí no hablaremos de un padre terrible sino de un padre real y potente porque posee el falo. Hay un pasaje del ser el falo al tener algo que lo habilite a desear y ser deseado; ese algo "habilitador" es la metáfora paterna. Se habla de metáfora en tanto sustitución de un significante por otro significante: "palabra por palabra". En el caso de la metáfora paterna, hay una sustitución del significante del Deseo de la Madre, por el significante del Nombre del Padre. En este proceso de sustitución, el significante del Deseo de la Madre es reprimido y deviene inconsciente: se trata de la represión originaria. El significante Nombre del Padre determinará que el niño ya no puede ser el falo imaginario de la madre. El niño abandona esa posición de ser el objeto de deseo del otro y pasa a ser un sujeto deseante. Por ende, el padre viene a conciliar el deseo con la ley. Ello no se produce con un trasfondo de prohibición, sino sobre un trasfondo de amor, en donde el padre se coloca como permisivo y dador de amor. El sujeto se identifica con el padre en tanto lo ama, toma sus atributos y hace una elección de objeto con la madre. No es menor tener en cuenta que el Complejo de Edipo en el niño se inicia y culmina con la castración, mientras que en la niña el Complejo de Edipo se inicia con la castración, pero no culmina allí. La instauración de la metáfora del Nombre del Padre posibilita al niño el acceso al lenguaje, al orden simbólico. Es importante destacar que en esta etapa estamos hablando de un falo simbólico. El falo simbólico nos recuerda que todo deseo en el hombre es un deseo sexual, el deseo insatisfecho incestuoso, al cual el sujeto tuvo que renunciar. Por ende, se trata de renunciar al goce de la madre y aceptar la insatisfacción del deseo.

Profundizaremos ahora acerca de la función paterna. Según Maleval:

Lacan se esfuerza por extraer una estructura que une al deseo con la ley: las primeras conceptualizaciones del Nombre del Padre lo tratan como un significante inherente al campo del Otro, portador de una interdicción sobre el goce primordial, generador de una culpabilidad original e instaurador de anudamientos esenciales (Maleval, 2000/2009, p.78)

"...inherente al campo del Otro" refiere a un punto clave de las teorizaciones de Lacan, especialmente en el campo de las psicosis: la estructura de la psicosis en su planteamiento inicial. De la mano de Lévi-Strauss, "Lacan descubre la función fundadora de un sistema primordial del significante. En el campo de este armazón primario, llamado lugar del Otro, se inscriben las huellas mnémicas que determinan la estructura del sujeto" (Maleval, 2000/2009, p.73).

Es la madre quien habilita la entrada a este significante Nombre del Padre:

(...) demuestra que la atribución de la procreación al padre no puede ser efecto sino de un puro significante, de un reconocimiento no del padre real, sino de lo que la religión nos ha enseñado a invocar como Nombre-del-Padre (...) cuando la necesidad de su reflexión - refiriéndose a Freud- le ha llevado a ligar la aparición del significante del Padre, en cuanto autor de la Ley, con la muerte, incluso con el asesinato del Padre -mostrando así que si ese asesinato es el momento fecundo de la deuda con la que el sujeto se liga para toda la vida con la Ley, el Padre simbólico en cuanto que significa esa Ley es por cierto el Padre muerto. (Lacan, 1957-58/1995, p.538).

En este punto nos remitimos a la concepción del Nombre del Padre elaborada por Lacan en el Seminario 5 (1957-58/1999). Allí lo define como un significante esencial que tiene efectos sobre el sujeto cuando no se produce su inscripción, pues la ausencia de ley interdictora no permite que haya un efecto de corte. La no inscripción de la castración simbólica hace que, en la psicosis, "parte de la simbolización no se lleva a cabo (...) Puede, entonces, suceder que algo en lo tocante al ser del sujeto no entre en la simbolización, y sea, no reprimido, sino rechazado" (Lacan, 1955-56/2004, p. 211). Asimismo, Lacan señala que "el sujeto ha de suplir la falta de este significante que es el Nombre del Padre. Todo lo que llamé la reacción en cadena, o la desbandada, que se produce en la psicosis, se ordena en torno a esto" (Lacan, 1957-58/1999, p. 151).

v. *Lecturas del delirio*

Lacan, en su seminario dedicado a *Las psicosis* (1955-1956/2004) comienza refiriéndose a la noción de la paranoia a partir de la lectura de la definición de Kraepelin:

la paranoia se distingue de las demás psicosis porque se caracteriza por el desarrollo insidioso de causas internas, y, según una evolución continua, de un sistema delirante, duradero, e imposible de quebrantar, que se instala con una conservación completa de la claridad y el orden en el pensamiento, la volición y la acción. (Lacan, 1955-56/2004, p.30-1)

Lacan se opone a la idea de un desarrollo insidioso planteando la noción de *momento fecundo* considerado como un punto en la historia del sujeto, un punto de quiebre, de corte. Al decir de Lacan, "un elemento emocional en la vida del sujeto, una crisis vital que tiene que ver efectivamente con sus relaciones externas, y sería muy sorprendente que no fuera así tratándose de un delirio que se caracteriza esencialmente como delirio de relaciones" (Lacan, 1955-56/2004, p.31). Asimismo, tras esta afirmación, Lacan se separa de las causas –internas- de la psicosis.

Lacan se detiene en la afirmación de que el delirio es duradero e inquebrantable pues, según afirma, el sistema delirante varía - se lo haya quebrantado o no - y esta variación estará en relación con las perturbaciones del mundo exterior, en tanto, el delirio se elabora y entra en composición con éste (Lacan, 1955-56/2004). Resulta

pertinente señalar que, para Lacan, “lo que está en juego no es la realidad (...) [la cual, a] diferencia del sujeto normal, para quien la realidad está bien ubicada, [el psicótico] tiene una certeza: que lo que está en juego (...) le concierne” (Lacan, 1955-56/2004, p. 110). En el campo lacaniano se ha sostenido una clásica diferenciación entre las estructuras clínicas en torno al saber: pasión por la ignorancia –neurosis-, pasión por el saber o certeza delirante –psicosis. En el campo de las psicosis “a medida que el delirante asciende la escala de los delirios, está cada vez más seguro de cosas plateadas como cada vez más irreales” (Lacan, 1955-56/2004).

En relación a la idea de Kraepelin de que el delirio se instala con una conservación completa en el orden del pensamiento, Lacan invita primero a cuestionar las nociones de claridad y de orden. En definitiva, propone definir las tomando en cuenta a la locura y no guiándose por lo claro u ordenado, que termina muchas veces derivando en un diagnóstico¹⁴.

Igualmente, Lacan remite a Clerembault y su noción de “fenómeno elemental”, en donde la idea de elemento debe ser equiparable a la idea de estructura. El delirio, tomado como un fenómeno elemental, lejos de poder ser deducido, reproduciría la misma fuerza constitutiva de una noción de estructura. Lo central, según el autor, es la significación del delirio.

¿A fin de cuentas, qué dice el sujeto, sobre todo en cierto período de su delirio? Que hay significación. Cuál, no sabe, pero ocupa el primer plano, se impone, para él es perfectamente comprensible. Y justamente porque se sitúa en el plano de la comprensión como un fenómeno incomprensible, por así decirlo, la paranoia es tan difícil de captar y tiene también un interés primordial. (Lacan, 1955-56/2004, p.36)

Lacan retoma la hipótesis freudiana acerca de las relaciones entre la homosexualidad y la paranoia para desprender de allí aclaraciones acerca de la forma en la que esta hipótesis de Freud debería leerse. Retomemos¹⁵ la cita de Freud que resume su posición: “El carácter paranoico reside en que para defenderse de una fantasía de deseo homosexual se reacciona, precisamente, con un delirio de persecución de esa clase” (Freud, 1911 [1910]/1991, p.55). Lacan afirma:

¹⁴ Esta concepción nos resultó de gran actualidad. Para el DSM IV, el delirio es una “[falsa] creencia basada en una inferencia incorrecta relativa a la realidad externa que es firmemente sostenida, a pesar de lo que casi todo el mundo cree y a pesar de cuanto constituye una prueba o evidencia incontrovertible y obvia de lo contrario” (DSM-IV-TR, 2002, p.918). Podemos visualizar como el criterio se funda a partir de ciertas nociones de normalidad y de realidad compartida, eludiendo cualquier lectura que remita a la locura. La postura de Lacan es radicalmente diferente. El autor centra su crítica desde otro punto de vista: “Debemos (...) no perder de vista su carácter distintivo -hablando del testimonio del delirante-, si queremos comprender lo que sucede verdaderamente, y no sacarnos de encima el fenómeno de la locura con ayuda de una palabra clave o de esa oposición entre realidades y certeza” (Lacan, 1955-56/2004, p. 112).

¹⁵ Se desarrolla en el apartado “Psicosis como modo patológico de la defensa”.

Freud, si pone (...) el acento sobre la cuestión homosexual, es ante todo para demostrar que condiciona la idea de grandeza en el delirio, pero que más esencialmente Freud denuncia en ello el modo de alteridad según el cual se opera la metamorfosis del sujeto, dicho de otra manera, el lugar donde se suceden sus “transferencias” delirantes. (Lacan, 1957-58/1995, p. 526)

La lectura lacaniana del delirio de Schreber será a través de la significación del falo evocada en lo imaginario del sujeto por la metáfora paterna (Lacan, 1957-58/1995). Maleval dirá que lo característico de la metáfora “es la sustitución de un significante por otro, gracias a lo cual surge un sentido nuevo (Maleval, 2000/2009, p. 82). El punto de relación se encuentra en que el análisis de su delirio, a través de la lectura de la fórmula de la metáfora paterna, devela que la posición de Schreber en la frase: “sería algo muy bello el hecho de ser una mujer en el momento en que es penetrada por el hombre” (Schreber, 1903/1978, p.36), no tiene que ver con un deseo homosexual erótico, sino con colocarse en el lugar del falo. Esto propone una visión diversa a la freudiana, la cual establece que lo que se juega en Schreber es una fantasía de deseo homosexual. Pasemos entonces a la fórmula planteada por Lacan para desarrollar este planteo, la cual trata de “una formalización del complejo de Edipo basada en el principio de su reducción a un proceso metafórico” (Novas, s/d, s/p).

$$\frac{\text{Nombre-del-Padre}}{\text{Deseo de la Madre}} \cdot \frac{\text{Deseo de la Madre}}{\text{Significado al sujeto}} \rightarrow \text{Nombre-del-Padre} \left(\frac{A}{\text{Falo}} \right)$$

Siguiendo a Lacan, lo que evidencia la fórmula es la sustitución del Nombre-del-Padre “en el lugar primeramente simbolizado por la operación de la ausencia de la madre” (Lacan, 1957-58/1995, p.539). Diremos con Novas (s/f, s/p), que de esta manera la función paterna obstaculiza el goce que se incluye en la relación madre-niño, al tachar el deseo de la madre y oponerse a la instauración de una completud imaginaria.

Cuando el significante del Nombre del Padre está forcluido no opera la metaforización y por ello, no hay sustitución. Si el deseo de la madre no ha sido simbolizado, el sujeto podría experimentar el deseo del Otro como una voluntad de goce sin límite. A través de la forclusión, Lacan explica el motivo por el cual Schreber está abocado a convertirse en mujer:

No es por estar precluido del pene, sino por la paridad simbólica *Girl=Phallus* (...) tiene su raíz en los caminos imaginarios, por los que el deseo del niño encuentra cómo identificarse con la carencia-de-ser de la madre, a la cual por supuesto ella a su vez fue introducida por la ley simbólica en que esta carencia fue constituida. (Lacan, 1957-58/1995, p.547)

Según sostiene Lacan, la imposibilidad de ser el falo de la madre hará que Schreber recurra a ser un objeto en la falta de otros, a saber, “ser la mujer que falta a los hombres” (Lacan, 1957-58/1995, p.547). El lugar de mujer que toma, como un compromiso que tiene, como que forma parte de su destino, lo cual Lacan definirá como una salida brillante del sujeto para explicar(se) su padecimiento. La lectura freudiana trabajada anteriormente postula una relación entre el delirio de grandeza y la homosexualidad en el intento de consolidarse como “la mujer de Dios”. En una lectura *a posteriori*, Lacan afirma que tras el trabajo de *Introducción al narcisismo* (1914/1992), Freud podría haber arribado a otras conclusiones, incluso contradictorias, pues “no se le hubiera escapado el verdadero resorte del vuelco de la posición de indignación, que provocaba primeramente en la persona del sujeto la *Entmannung*¹⁶: es muy precisamente que entre tanto *el sujeto había muerto* (Lacan, 1957-58/1995, p.549)¹⁷. En relación a esto último, Lacan apunta que, en su delirio, Schreber comienza a recibir a través de las voces información sobre su propia muerte. Entonces, en su delirio se da su muerte y su renacimiento, lo que le permite a Lacan afirmar la “regresión del sujeto, no genética sino tópica, al estadio del espejo, por cuanto la relación con el otro especular se reduce allí a su filo mortal” (Lacan, 1957-58/1995, p.549). Es decir, esta relación queda desprovista de separación. A partir de allí Lacan, sin abandonar la hipótesis freudiana, se separa de la soldadura homosexualidad-paranoia pues “puede acarrear daños graves, si no se ilumina por medio de relaciones simbólicas que consideramos aquí como determinantes: “(...) esta determinación simbólica se demuestra en la forma en que la estructura imaginaria viene a restaurarse” (Lacan, 1957-58/1995, p.550).

Lacan explica la restauración de la realidad en la psicosis a partir de los registros -real, simbólico e imaginario- afirmando que, en esta realidad creada, existe un desnivel y distorsión entre lo imaginario y simbólico. El tratamiento de la realidad es un punto de inflexión en la psicosis, en la que buena parte del recorrido freudiano se centra en la teorización de la psicosis a partir de la pérdida y la reconstrucción de la realidad. Según Lacan, el problema no estaba centrado tanto en la pérdida de la realidad, sino en el resorte de lo que la sustituye. (Lacan, 1957-58/1995, p. 519).

¹⁶ Traducido como emasculación.

¹⁷ Las cursivas son del texto original.

Lacan afirma que la condición esencial que caracteriza la psicosis es “la preclusión del Nombre-del-Padre en el lugar del Otro, y el fracaso de la metáfora paterna” (Lacan, 1957-58/1995, p.556), pero más adelante, en los años sesenta, propondrá una concepción diferente sobre el Nombre del Padre. Aunque escapa a los alcances de este trabajo, podemos decir que pasará a ser tomado como “lo que garantiza la incompletud del Otro” (Maleval, 2000/2009, p.94).

Esto conlleva consecuencias teóricas, pues el advenimiento de la psicosis remite a un agujero allí dónde existió el llamado al significante Nombre del Padre. Las nuevas teorizaciones descubren la incompletud del Otro por una hiancia estructural, sin embargo, el sujeto de la psicosis en la proximidad con esta falta del Otro hará del delirio una forma de remediar esa carencia fálica. Al decir de Maleval, “cuando se enfrenta con ese enigma angustioso, se ve obligado a realizar un trabajo para obturarlo, generalmente elaborando un delirio” (Maleval, 2000/2009).

Lacan funda un modo inédito de pensar la estructura psíquica articulando las leyes del lenguaje, la metáfora paterna –que remplaza el mito de Edipo Rey- y la construcción del Otro como lugar topológico. El corte epistemológico que realiza Lacan está en negar cualquier causa organicista proveniente de la psiquiatría de Jaspers y Ey. Asimismo, continúa el legado freudiano de hacer del psicoanálisis una ciencia. Al decir de Lacan, “[desde] el punto de vista que nos guía, no tenemos esa confianza *a priori* en el fenómeno, por la sencilla razón de que nuestro camino es científico, y que el punto de partida de la ciencia moderna es no confiar en los fenómenos, y buscar algo más sólido que lo explique” (Lacan, 1955-56/2004, p. 207).

VI. Consideraciones finales

“El hombre que grita de dolor o que dice que grita de dolor, o que no dice que sufre no elige la boca con la que nos dice. El sitio del dolor puede encontrarse en el cuerpo de otra persona” (Davoine, 1992, p. 12).

En los dispositivos de internación especializados en el abordaje de la psicosis, se constata con frecuencia que el delirio es concebido como un factor desestabilizador al que se debe aplacar. La práctica en el contexto hospitalario animó el presente estudio. La elección del marco conceptual psicoanalítico se sostiene sobre la afirmación de Rodríguez Ponte: “dejarse interrogar por la psicosis, nos permite descubrir que en ningún lugar mejor que ése, se ve que el saber, en psicoanálisis, no es necesariamente poder” (Rodríguez Ponte, 1998, s/p).

A lo largo de este trabajo, hemos transitado las teorizaciones de Freud y Lacan acerca del delirio, con el fin de indagar *su función subjetiva*. Se realizó, junto con Freud, un recorrido hilando los diferentes encuentros, dispersos en su obra, acerca del delirio y la psicosis. Freud mantuvo desde sus primeros escritos la función del delirio como un refugio ante una realidad avasallante. El delirio tendría la función de un proceso defensivo a través del cual el sujeto se ahorraría el encuentro con aquello que no puede tolerar, y construye una realidad posible, que va por otros caminos que la “realidad compartida”.

Freud siempre mantuvo sus resguardos, afirmando que a los psicóticos el éxito terapéutico “les sea denegado” (Freud, 1937/1991, p.269). Será la escritura de Schreber que dejará a Freud embelesado y le permitirá afirmar que lo que está en juego allí es otra forma de *hacer* con el deseo. Según Freud, el delirio habilitaría al deseo abrirse paso para alcanzar su meta. El verdadero legado de Freud estará en leer el delirio, pues éste es escritura. El delirio es la forma de escribir *su* vida que encuentra *un* sujeto que no escapa a la extrañeza-familiaridad de lo *Unheimlich*, de aquello que “estando destinado a permanecer en secreto, en lo oculto (...) ha salido a la luz” (Freud, 1919/2001, p. 224).

Lacan entra al psicoanálisis por la puerta de la locura. En el intento de alejarse de la *psicología del Yo* rechaza los términos de “defensa” y propone otra forma de encuentro con la letra freudiana. La *Verwerfung* será un mecanismo que funciona en una estructura. El sujeto que propone Lacan es afectado por el significante, el cual, aunque forluido, tiene consecuencias, por estar atravesado por el lenguaje. El delirio no será sino efectos de esa afectación: “encontramos en el fenómeno del delirio, en los

comentarios y en el zumbido del discurso en estado puro, la indicación de que se trata de la función del significante” (Lacan, 1955-56/2004, p. 278).

Nos limitamos al tiempo teórico de Lacan sin desconocer que con la inclusión del *objeto a* y la *topología*, Lacan hará una clínica más allá del Nombre-del-Padre, pluralizándolos. Esto conduce a un tratamiento favorable para la psicosis, que no estaría del lado de la disminución de las producciones delirantes del sujeto -tal como propone la perspectiva de la psiquiatría- sino en apostar a las capacidades del sujeto para construir con su delirio una suplencia de la función paterna forcluida (Novas, s/f,s/p). A partir del *sinthome* y la clínica nodal, la psicosis será un *desanudamiento* que podrá ser reparado a través del cuarto nudo y del concepto de suplencia. Serán estas líneas posibles por donde continuar las lecturas.

El loco pone en cuestión los axiomas de la psiquiatría actual en donde es confinado como un *trastornado*¹⁸ que lee de forma errónea la realidad. Al decir de Capurro, “el impasse del signo viviente (...) de los enfermos mentales persiste e insiste para esta perspectiva de la psiquiatría, el punto a tratar no es para ella la subjetividad del loco, sino su enfermedad mental” (Capurro, 2016, S/P). El psicoanálisis conduce a posicionarse desde otra ética ante aquel que habita el discurso de la locura acompañando el postulado freudiano que sostiene que *el principio de la enfermedad mental es el dolor*.

¹⁸ Nos remitimos a la clasificación del DSM IV que sostiene un sistema de clasificación de trastornos.

VII. Referencias bibliográficas

- Allouch, J. (2016) Hablar ya es escribir. Ñácate. Recuperado de <http://www.revistanacate.com/wp-content/uploads/2016/03/Hablar-ya-es-escribir-J.-Allouch.pdf>
- Asociación Estadounidense de Psiquiatría. (2002). Manual Diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales. DSM-IV-TR. Barcelona: MASSON S.A.
- Chemama, R.; Vandermersch B. (2004) Diccionario del Psicoanálisis. Buenos Aires: Amorrortu
- Capurro, R. (2016) El psicoanálisis, ¿un tratamiento para enfermos mentales? Ñácate. Recuperado de <http://www.revistanacate.com/wp-content/uploads/2016/10/El-psicoan%C3%A1lisis....-R.-Capurro.pdf>
- Davoine, F. (1992) La locura Wittgenstein. Buenos Aires: École Lacanienne de Psychanalyse.
- Descartes, R. (1963) Meditación I. En *Meditaciones metafísicas*. Buenos Aires: Aguilar.
- Eidelsztein, A (2008) La locura. En: *Las estructuras clínicas a partir de Lacan*. (p. 83–112) Buenos Aires: Letra viva.
- Freud, S. (1991) 32° Conferencia: Angustia y vida pulsional. En *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 22, pp. 75-103). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado 1932).
- Freud, S. (1991) Construcciones en análisis. En *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 23, pp.255-270). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado 1937).
- Freud, S. (1992) De la historia de una neurosis infantil (el “Hombre de los lobos”). En *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 17, pp. 1-111). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado 1918).

- Freud, S. (1992) Duelo y melancolía. En: *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 14, pp. 235-255). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado 1917 [1915]).
- Freud, S. (2014) El yo y el ello. En *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 19, pp. 1-63). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado 1923).
- Freud, S. (1991) Esquema del psicoanálisis. Parte III. En *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 23, pp. 115-210). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado 1938).
- Freud, S. (1992) Fetichismo. En *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 21, pp. 141-152). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado 1927).
- Freud, S. (1991) Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico. En *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 12, pp. 217-232). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado 1911).
- Freud, S. (1992) Fragmentos de la correspondencia con Fliess. Manuscrito H. Paranoia. En *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 1, pp. 246-252). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado 1895).
- Freud, S. (1992) Histeria. En *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 1, pp. 41-63). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado 1888).
- Freud, S. (1992) Introducción al narcisismo. En *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 14, pp. 65-98). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado 1914).
- Freud, S. (1991) La escisión del yo en el proceso defensivo. En *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 23). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado 1940 [1938]).
- Freud, S. (1991) La interpretación de los sueños (Primera parte). En *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 4, pp. 110-114). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado 1900).

- Freud, S. (1991) La interpretación de los sueños (Segunda parte). En *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 5, pp. 543-564). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado 1900).
- Freud, S. (1986) Las neuropsicosis de defensa. En *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 3, pp. 41-61). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado 1894).
- Freud, S. (2014) La pérdida de realidad en la neurosis y la psicosis. En *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 19, pp. 189-198). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado 1924).
- Freud, S. (1992) Lo inconsciente. En *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 14, pp. 153-201). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado 1915).
- Freud, S. (2001) Lo ominoso. En *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 17, pp. 215-251). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado 1919).
- Freud, S. (1992) Más allá del principio de placer. En *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 18, pp. 1-62). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado 1920).
- Freud, S. (2014) Neurosis y psicosis. En *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 19, pp. 151-160). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado 1923).
- Freud, S. (1991) Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa. En *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 3, pp. 157-184). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado 1896).
- Freud, S. (1991) Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente. En *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 12, pp. 1-76). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado 1911 [1910]).
- Freud, S. (1990) Sobre psicoterapia. En *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 7, pp. 243-257). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado 1905 [1904]).
- Freud, S. (2014) Una neurosis demoníaca en el siglo XVII. En *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 19, pp. 67-106). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado 1923 [1922]).

Lacan, J. (2000) Acerca de la causalidad psíquica. En *Escritos*, Vol. 2 (pp. 142-183). México: Siglo Veintiuno Editores (Trabajo original publicado en 1966).

Lacan, J. (1995) De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis. En *Escritos*, vol. 2 (pp. 513-564). México: Siglo Veintiuno Editores (Trabajo original publicado en 1966).

Lacan, J. (1979) El caso "Aimée" o la paranoia de autocastigo. En *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad* (pp. 135-276). México: Siglo Veintiuno Editores.

Lacan, J. (1999) *Las formaciones del inconsciente. Seminario 5 1957-1958*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (2004) *Las psicosis. Seminario 3 1955-1956*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (2004). La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud. En *Escritos*, vol. 1 (p.473-509). Argentina: Siglo XXI editores (Texto original en 1957).

Laplanche, J. y Pontalis, J. (2004) *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 2004.

Mahieu, E. (1999) Jacques Lacan, Henri Ey, Et la liberte. Recuperado de <http://eduardo.mahieu.free.fr/Cercle%20Ey/Seminaire/liberte.html>

Maleval, J. (2009) *La forclusión del Nombre del Padre: El concepto y su clínica*. Buenos Aires: Paidós.

Mannoni, M. (1987) *El descubrimiento del inconsciente*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Novas, M. (s/f) *La Forclusión del Nombre del Padre: El concepto y su Clínica de Jean-Claude Maleval*. Url: http://www.iztacala.unam.mx/errancia/v1/PDFS_1/LITORALES6_LAFORCLUSI_ONDELNOMBREDELPADRE.pdf

Rodríguez Ponte, R. (1998) Seminario; Psicosis: La cuestión preliminar... y otras cuestiones. Recuperado de <http://www.efba.org/efbaonline/rodriguezp-sem-01-00.htm>

Schreber, D. (1978) *Memorias de un neurópata*. Buenos Aires: Ediciones Petrel.